Año 1948 20 Junio 14 ABC

DEBAJO DE LOS ARCOS TRIUNFALES

LO que el mundo seguía con atención eran los viajes de los políticos endiosados, el fervor con que las muchedumbres les recibían y el aparato de que se rodeaban, pero lo que importaba de verdad, eran los pasos humildes del viejo profesor, al que nadie rendía honores, del hogar al laboratorio y del laboratorio al hogar; lo que el mundo miraba ávidamente eran los desfiles pomposos y siniestros por las grandes calles de Europa, por la Unter den Linden, por los Campos Elíseos o por la Vía Appia, pero lo que importaba mirar era aquel esporo de penicillium centrado en la lente del microscopio que devoraba, fulminantemente, las colonias de estafilococos; lo que ocupaba las páginas de los rotativos y encandilaba los titulares de sus columnas era la referencia de cualquier suceso mensurable, trivial o no: la Cinta Azul discernida al más veloz de los trasatlánticos o el último de los "records" aviatorios, o, simplemente, la vuelta ciclista a Francia. Minuto a minuto, durante cuatro lustros, avanzaba, paciente y genialmente, hacia la luz, el doctor Fleming. Pero eso no tenía valor de noticia.

Al fin, una tarde, se expandió por doquiera la buena nueva. Y ello fué cuando Europa entera ardía con el fuego de los combates y cada kilogramo de dinamita destrozaba en monumentos y en museos 300 metros cuadrados de Edad Media y abría cráteres de Prehistoria. Pudo saberse el día del bombardeo de Coventry o el de Hamburgo o el de Marsella, el día en que morían unos millares de ingleses o unos millares de alemanes o de franceses. El mundo se conmovió por eso, pero lo que salvará del anonimato tal fecha en el futuro es el que, en ella, la penicilina reemplazaba, en sus panoplias, a las viejas y anticuadas armas defensivas del hombre.

Desde entonces, han pasado unos años, muy pocos, pero a lo largo de ellos la mágica sustancia que unos pequeños frasquitos distribuyen por toda la redondez del globo ha salvado millones de vidas y ha resuelto en sonrisas la angustia de las madres, de las novias y de las hermanas, antaño inermes frente a la fiebre y el sufrimiento del ser amado. Y el artífice de esa hazaña, lindante con la taumaturgia, viene a ser el hombre, sencillo, con un aire apacible y de timidez, que, en compañía de su esposa, como un modesto funcionario en su jubilación, acaba de recorrer ahora nuestra Patria.

Barcelona le rindió un tributo de entusiasmo, con sutiles dosis de señorío y de ternura, como ella sabe, cuando quiere: frescas flores laurearon sus equipajes y enlosaron las Ramblas a su paso; aplausos espontáneos acogieron su presencia del uno al otro confín de la ciudad; sus manos fueron besadas reverentemente, como las de un apóstol, y durante la semana que duró su estancia, la gratitud y la admiración unánimes le erigieron en su centro. Igual Sevilla después, igual Madrid. A él, bienvenida tan gentil le ha emocionado. Nunca otra que la igualé se le deparó, dijo a los periodistas. Pero a nosotros, como españoles, nos enorgullece. Porque yo entiendo que el mundo sólo empezará a ser habitable el día en que la Marcha Triunfal se enderece al homenaje del sabio y no del guerrero agresivo y sin ley, porque lo que Barcelona, Sevilla y Madrid han hecho es cambiar de declinación y de sujeto los versos de Rubén y acuñarlos, con su mismo oro intacto, en honor distinto del de la espada invasora y porque esos trasplantados lauros, ese otorgar el premio del vítor al hombre de ciencia con sólo posibles en un clima de civilización exquisita. De ahí que el homenaje español, trascendido de las Academias a la calle, deba llenarnos de júbilo a todos. Yo, al menos, lo siento de especial manera, ya que, sin restar galardones a los dioses de las batallas, aunque vea su gloria afirmarse siempre sobre un pedestal de dolor y de sangre, opino que el mundo avanzará por el camino de su progreso cierto, sólo en la medida en que les escatime el bronce de sus estatuas y lo funda a la memoria de quienes economizan a la humanidad la pesadumbre de las lágrimas y ofrecen, en nuestro provecho y en el de nuestros hijos, triunfos poderosos que blandir contra la muerte.

Joaquín CALVO-SOTELO